

LOS EQUINOCCIOS ESPIRITUALES

Homo faber, homo ludens, homo videns. Variación de los tiempos. Los equinoccios espirituales de la concepción, que varían espacios y materias, ascesis y lenguajes, memorias y reencuentros. Abel Monasterolo conoce esta suerte de *sistemas de la estética*, que tal vez no están grabados en ningún libro ni responden a códigos secretos, pero que existen. Existen en aquéllos *artistas totales* que trepan y se deslizan por territorios que la imaginación descubre, inventa o asocia, y que sirven para penetrarlos con las linternas de ojos y cerebro.

Monasterolo no se conformó nunca con su sola fantasía. Aspiró siempre a llegar más allá. Pintor de pintura, arquitecto de construcciones insólitas, fabricante de objetos lúdicos, descifrador de las energías inalámbricas, impresor de una gráfica reveladora, su paso por las formas puede resultar inabarcable. Sin embargo, algo vibra en el interior de sus concepciones. Cierta visión de lo hispanoamericano, en la que no sólo se vislumbran símbolos y signos asociativos, sino a más la cuadrícula de las poblaciones fundacionales, la etnología con sus rastros cerámicos, las huellas del tigre, el río majestuoso.

En todo ello, sin poner la imagen-hombre, desarrolla un relato visual altamente significativo. Es la materia en múltiples soluciones la que contribuye a dar a este testimonio suyo una *carnatura* muy especial y representativa. Saca de la historia escuchada registros visuales de una intensa belleza, que se corresponden entre sí, como eslabones. Y la madera, el cartón, la cerámica, metales encontrados, trozos de espejos, números y letras, papeles esgrafiados, dan vida y ritmo a estas transcripciones mágicas en las que Monasterolo sella su sueño americano.

En la instalación de cráneos hechos con resinas y espejos, late el culto a una hechicería sin tiempo. El río acoge quizá esas vidas muertas y les da otro movimiento en su circularidad. Y en el gran mural de recortes de maderas, restos de cajones, fotos sin nombre, metales, números y espejitos, el ritmo trepa a la unidad morfológica generando cromáticamente un efecto que atrapa.

Está el río como una presencia sin fin. El río que lleva y que trae desde una geografía de contrastes de verdes y grises, azules y rojos, y que no obstante es el centro al que confluyen los efectos, los trasfondos gráficos.

En la obra de este artista argentino que mira su región, pareciera que su desafío permanente a la materia constituyera el núcleo conceptual original del que parte. Que a esa materia encontrada / olvidada / erosionada de tiempo / reconquistada, pudiera insuflarle temperatura y énfasis perceptivo con una naturalidad que sorprende. Pequeño demiurgo que conoce a fondo las leyes de formas y colores, los equinoccios espirituales de la creación le son favorables y solícitos a su estro de metáforas plásticas.

J. M. Taverna Irigoyen

Miembro de Número de la Academia Nacional de Bellas Artes